

Alfred Bester: Golem¹⁰⁰

El Golem brotaba como lava fundida
de las mentes de las "señoras abejas"...



En una megalópolis del futuro, un grupo de encantadoras “señoras abejas” se encuentran regularmente para entretenerse. Uno de sus juegos favoritos: un intento de invocar al Demonio por medio de viejos rituales. Por supuesto, no aspiran al éxito, ni lo tienen. Pero en lugar de atraer a un viejo demonio, estas encantadoras señoras crean uno nuevo: el Golem¹⁰⁰, una manifestación de sus inconscientes colectivos que provoca una ola de sangre, tortura y muerte. Pero ellas no advierten la relación entre sus diversiones y los macabros eventos que ocurren en la ciudad. Y el Golem continúa creciendo...

Tres personas intentan detener al monstruo: Gretchen Nunn, una sensual mujer con sentidos paranormales; Blaise Shima, un curioso y extraordinario químico; y el Subadar Ind’dni, elegante jefe de policía de la Patraña, siniestro suburbio del Gran Nueva York. Así se zambullen en el sorprendente mundo subliminal —visual y verbal— creado por dos artistas notables; Alfred Bester (textos) y Jack Gaughan (ilustraciones).

ALFRED BESTER: NUEVA YORK, 2175 D. C.

Si a los autores de ciencia-ficción se les diera un nombre como a los trenes, Alfred Bester se llamaría “El *Spirit* de Nueva York”. Quizá sea una paradoja que una ciudad tan de ahora frecuente con tanta asiduidad los alucinantes futuros de Bester, pero la violencia de Nueva York y su *argot*, sus multinacionales y sus polis, su codicia, su generosidad y su vitalidad resuenan en sus historias de ciencia-ficción como sin duda resuenan también en su cráneo.

En cuanto al *Schtick* con que el tren avanza, como lo diría Bester ¡vaya! resulta ruidoso, impresionante, irresistible, humeante; su avance en la noche se puntualiza con silbatos y chirridos y nunca llega a horario. Lo mismo podría decirse en gran parte de su nueva (y durante mucho tiempo esperada) novela de ciencia-ficción, *Golem*¹⁰⁰, que se desarrolla en el año 2175; pero lo que primero sorprende en ella es la extraña familiaridad de su olor... sí, el olor de la década de 1960. ¿Algo no ha salido bien?

Aun en los ámbitos barrocos de la ciencia-ficción, hogar de la más plena extravagancia individualista, Alfred Bester fue hombre peculiar en el más alto grado. ¿Por qué habríamos de poder preverlo? También él tiene conciencia de la extravagancia. Dijo una vez Bester, refiriéndose a un encuentro con John W. Campbell Jr., finado director de *As-tounding Science Fiction*, el mayor de los púlpitos consagrados a la ciencia-ficción: “Fortaleció mi opinión de que la

gran mayoría de los que se dedican a la ciencia-ficción, a pesar de su brillantez, están perdiendo el juicio”.

Bester es un autor para autores de ciencia-ficción. La vieja ola, los viejos hombres curtidos de la ciencia-ficción, lo admiraron (a James Blish le encantaba su obra), pero es también un héroe para los jóvenes militantes de la *new wave* de la década del 60, los autores de izquierda, los que creen que el espacio interior tiene tanta relación con la ciencia-ficción como el espacio exterior... escritores como Michael Moorcock. Todo esto se consolidó, sin embargo, en sólo dos novelas: *El hombre demolido* (1953) y *¡Tigre! ¡Tigre!* (1956) y, quizá, en una docena de buenos cuentos. Como autor de ciencia-ficción, Bester no fue nunca prolífico, sólo fue revolucionario.

Nacido en 1913, judío neoyorkino con una carrera universitaria notable por su matizada variedad (humanidades, ciencias y derecho), Bester se inició en la ciencia-ficción con una minúscula explosión cuando en 1939 obtuvo la victoria en un concurso auspiciado por *Thrilling Wonder Stories*. Hasta 1942 publicó catorce cuentos de ciencia-ficción. (“Hell is Forever”, en 1942, cuento que trata del diablo y está plagado de nociones de la psicología popular, puede leerse como un borrador de *Golem*¹⁰⁰ escrito con treinta y ocho años de antelación). En ese año se mudó al mundo de la escritura de comics, exigente pero no prestigioso (*Superman*, *Batman*) y, más adelante, al de la escritura de guiones radiales (*Charlie Chan*, *La Sombra*), lugar que fuerza a desplegar gran inventiva a los que son lo bastante curtidos como para sobrevivir. Pero la pródiga mente de Bester comenzó a resentirse de las constricciones de tener que trabajar de acuerdo con fórmulas y complacer a los patrocinadores. A comienzos de la década de 1950 volvió a la libertad relativa de la ciencia-ficción y durante la década siguiente se convirtió en uno de los inmortales de lo que era entonces (pero no ya ahora) una literatura hasta cierto punto despreciada y clandestina.

Todavía pueden verse aficionados en la convenciones de ciencia-ficción con insignias en la que se lee "Vorga, te mataré hasta la muerte". Estas son las palabras que pronunció Gully Foyle, el parco y vengativo héroe de *¡Tigre! ¡Tigre!*, cuando juró ajustar cuentas con la nave interestelar que lo dejó abandonado en el espacio. Gully Foyle es el arquetipo del Besterman, el equivalente en la literatura popular del siglo XX del inconformista de los dramas de venganza jacobinos; meditativo, sardónico, obsesivo y asesino... a la vez comentador irónico y brutal actor de un oscuro mundo desprovisto de moral.

Pero no existe sinopsis que pueda aspirar a captar el todo de Bester: rudo, pero refinadamente literario, florido, pero penetrante, y siempre bullente, aunque chispas y burbujas se arremolinan en un caldo sombrío más tóxico que calmante. Puede uno imaginarlo en parte si se lo concibe como el Raymond Chandler de la ciencia-ficción, aunque con mayor crueldad y menor sentimentalismo. Y allá por la década de 1950, no sólo se trataba de su tono, sino también de su inventiva aparentemente infinita. Mucho antes de que Toffler inventara la frase, la mente de urraca de Bester (son sus palabras) nos deslumbraba con *shocks* del futuro interiores tanto como exteriores. No hay lector que pueda olvidar a Ben Reich, de *El hombre demolido*, cuando oscurece su mente, obsesionado por la posibilidad de que se la atisbe telepáticamente, mediante un *jingle* comercial especialmente encomendado; el *jingle* resuena a tontas y a locas en la superficie de su cerebro mientras éste, por debajo, hierve en corrientes homicidas. En el maníaco futuro de Bester, aun la esquizofrenia necesita consultores como Ben Reich.

Era uno de los grandes cuando abandonó la ciencia-ficción; sólo un cuento muy de vez en cuando nos recordaba de qué era capaz mientras se abría un exitoso camino en una nueva carrera de reportero y luego de director de la revista *Holiday*. En 1975 apareció otra novela, *The Computer*

Connection, que era todavía ingeniosa, pero el calor al rojo blanco no sobrepasaba ahora un rojo desmayado. Más interesante fue el cuento aparecido en 1974, "The Four-Hour Fugue". *Golem*¹⁰⁰ incorpora y expande la anécdota dándole dimensiones de novela plenamente desarrollada.

En 2175 Nueva York se conoce con el nombre de la Patraña. Es una jungla; la vida es allí barata y también lo son el sexo, las drogas, el canibalismo y la necrofilia. No es un mal lugar. En él siempre está pasando algo. Pero para ocho elegantes señoras con un bajo umbral de aburrimiento, no es bastante. De modo que ¡muy divertido! conjuran al diablo. Pues bien, creen haber fracasado, pero en la Patraña comienzan a suceder cosas que harían lucir mezquina la imaginación del Marqués de Sade. El jefe de policía (un hindú de Bombay), la hermosa negra dedicada a la psicología donánica y La Nariz (el más grande creador de perfumes y feromonas, importante profesión en un futuro en que el agua se ha vuelto demasiado cara como para que uno pueda lavarse el rostro, se unen y (varios descuartizamientos más adelante) terminan por desentrañar lo que todos los que recuerden el film *El planeta prohibido*, probablemente adivinaran desde el principio: aquello con que nos enfrentamos es un monstruo proveniente del *Id* (el Ello).

Es inútil. No se puede parafrasear a Bester. Se puede nadar en él o, como yo lo hice en este caso, es posible dejarse hundir en él, pero no dar una sinopsis de una novela entre cuyos ingredientes se incluyen un elaborado *slang* (que sin embargo, de algún modo recuerda la moda de la década de 1960), satanismo mezclado con psicología profunda y más de 60 páginas de ilustraciones de Jack Gaughan, que constituyen una parte intrínseca de la historia... para no mencionar vomitomáquinas de discos, enjambres de señoras abejas, yiddish, sodomía y extravagancias sexuales más abundantes que las que se encuentran en los libros de texto corrientes.

Este es el verdadero sabor de Bester, por cierto, mucho más evidente aquí que en *The Computer Connection*, y todavía se encuentran presentes la pasión y el humor, aunque quizá los fuegos de artificio no arden ya tan fácilmente. Lo que era sobrio y medular, resulta ahora un tanto verborrágico; la locura que antes era estructural, luce ahora como una ornamentación. Se percibe el esfuerzo. Donde antes se lo venía escribir como quien baila, uno, dos, tres y... ¡a volar! se perciben ahora los viejos y poderosos músculos en tensión.

También se ha alterado el juego malabar a que Bester jugaba otrora: el equilibrio entre las fuerzas de la vida y la muerte. Tánatos es ahora quien tiene todas las bolas; la prolífica vida humana de la Patraña ya no es tanto una cornucopia como una Máscara de la Muerte Roja.

La supermujer de la próxima fase evolutiva es una abeja reina; y os lo confieso, os estremeceréis de espanto cuando sepáis lo que hizo con el héroe. Las imágenes son un tanto sombrías y el libro tiene un olor que, cuando se lo piensa bien, no pertenece del todo a la década de 1960. Quizá sea el de la desesperación. Las palabras del propio autor tal vez lo definan: el *bouquet de malades*. El Nueva York de Bester siempre produjo hombres obsesivos y arrastrados por la corriente, pero éste (¿ha cambiado Nueva York acaso?) resulta más corrupto que nunca. El Besterman es en esta novela el Golem mismo.

Peter Nicholls

1

Eran ocho que se reunían en la colmena todas las semanas para calentarse y, a la vez, darse mutuo calor. Eran encantadoras señoras abejas atractivas y de dulce temperamento a pesar del hecho de que —o quizá por ello mismo— todas gozaban de seguridad y podrían abrigar confianza. (Las clases menos privilegiadas las apodaban “putitas de alto linaje”).

No estaban todas cortadas de acuerdo con el mismo patrón como sucede con las abejas de especie entomológica. Aunque vivían en nuestro lejano futuro, eran señoras de especie humana ampliamente individualizadas. Después de todo, nuestros herederos no han de cambiar tanto. Cada cual tenía su propia caprichosa excentricidad, que es la verdadera raíz del encanto.

Cada una tenía un nombre secreto, como de hecho todos lo tenemos, que constituía su verdadera realidad. Quizás esté cometiendo un crimen espantoso al revelarlo —T. S. Eliot insistía en que el nombre secreto de un ser, “el profundo Nombre singular, inescrutable”, no debía ser conocido de nadie—, pero las señoras abejas los conocían y los utilizaban, de modo que ahí van:

Regina, la Abeja Reina. Pronúncieselo de acuerdo con la regla del inglés antiguo: RE-JYN-a.

Marita Confusa, que no atinaba a poner orden en nada, ni siquiera en su peinado.

Nellie Gwyn, que le habría dado peor vida al desvencijado Carlos II que su tocaya.

Señorita Melindre, que balbucía todavía como una nena, y hay quien la oyó decir cuando niña en alabanza de su noviecito de escuela: "es un perfecto caballero. Cuando cruzamos la calle me toma del brazo y me conduce de modo que no pise la mierda".

Sara Ardorosa, que se llevaba el dorso de la mano a la frente y declamaba en tono patético: "¡Dejadme!, ¡dejadme! ¡Debo estar SOLA! ¡Quiero... coMUNICARME conmigo misma!".

Yenta Calienta, que sabía todo lo que uno guarda en la cartera, el bolso, el armario y la nevera. Está siempre intentando algún ridículo trueque como, por ejemplo, su reloj de arena roto por vuestro juego de majong antiguo al que le falta una pieza.

Y las gemelas, *Oodgedye* y *Udgedye*, que en ruso significan "Adivina quién" y "Adivina qué". En una de sus farsas Anton Chéjov dio ese nombre a dos perros.

La suma da ocho. Había una especie de novena, la pequeña esclava de Regina, Pi de nombre, no porque tuviera nada que ver con la razón de la circunferencia del círculo o su diámetro (3,1416), sino sencillamente, porque tenía cara de pastel.^[1]

Puede que queráis saber si las señoras abejas eran casadas o solteras, si vivían en pecado, eran frías o mantenían *affaires* lesbianos, si se mecían de la araña o lo que queráis, la Respuesta es un acallado sí, porque vivían en el famoso o el infame barrio de la Patraña. Ya se hablará sobre éste más adelante. Pero tened en cuenta que todas ellas gozaban de seguridad y confianza en lo que a medio social —todas ellas se habían graduado en el elegante colegio

llamado "Las Siete Hermanas"—, prestigio e ingresos se refiere. De modo que cuando se las encuentra solas, abandonada toda reserva, recordad que estáis siendo testigos de su intimidad al descubierto.

El resto del mundo sólo veía mujeres atractivas y aplomadas, exentas de los temores padecidos por la mayoría sumergida que vivía en el barrio de la Patraña: asesinatos, mutilaciones, violaciones, robos y toda otra especie de violencias demasiado abundantes como para enumerarlas. El hecho de vivir en casas fuertemente protegidas preservaba la dignidad y el encanto de las ocho señoras, que utilizaban medios de transporte garantizados y exclusivos con servicio de escolta que acudía a su solo llamado. La única verdadera crisis de su vida era el aburrimiento crónico que es producto de la aislación.

De modo que se entretenían (abandonada toda reserva) reuniéndose con tanta frecuencia como les fuera posible en el enorme piso *d'avant-garde*, propiedad de Regina. Difícilmente podría dársele a éste el nombre de colmena; sin embargo, ellas actuaban como señoras abejas. Sus chismorreos, sus bromas y parloteos llenaban el aire como un zumbido. Realizaban juegos sin sentido. De vez en cuando bailaban la danza de las abejas. Se atragantaban de dulces cuando se sentían inquietas, fatigadas o enfadadas. Y había tristes ocasiones en que se embestían a cabezazos con el fin de establecer un orden informal de dominio. Así lo hacen los seres humanos con muchas otras criaturas. Así lo venimos haciendo desde que la molécula primordial de ADN comunicó a los demás ADN quién era el jefe y lo probó.

La última diversión a que habían recurrido era el satanismo. Ninguna de ellas lo tomaba en serio. Ninguna de ellas creía realmente que pudiera tenerse comercio con el Diablo: montar escobas, quitarse las medias para desatar tormentas y toda esa sarta de disparates. En realidad, Regina había cobrado interés en el juego sólo porque era descen-

diente de Sir John Holt (1642-1710), Lord Mayor de la Corte de Inglaterra.

Holt era persona inclinada a los placeres mundanos cuando estudiaba todavía en Oxford y a menudo se quedaba sin fondos. Se las compuso para ganarse una semana de alojamiento gratis fingiendo curar a la hija de su casera de una fiebre intermitente. El bribón garrapateó unas pocas palabras en griego en un trozo de pergamino y dijo a la casera que lo sujetara a la cintura de la muchacha y lo dejara allí hasta que se sintiera recobrada.

Años más tarde, cuando Holt fue Lord Mayor de la Corte, una vieja compareció ante él acusada de brujería. Solía curar las fiebres mediante la aplicación de un trozo de pergamino. Holt lo miró y... lo habéis adivinado: el mismo falso hechizo que él había pergeñado años atrás. Se echó a reír, confesó y la vieja mujer fue absuelta. Fue una de las últimas en ser procesadas por brujería en Inglaterra.

De modo que os daréis cuenta del interés experimentado por Regina y también de la escasa seriedad que le atribuía. Tratábase poco más o menos de un teatro de aficionados, de ensayos dramáticos con aires de café concert, de juegos y diversiones regidos por una clave deliciosamente oscura. Pero lo malo de este juego era que sin saberlo ni intentarlo —repito, *sin saberlo ni intentarlo*—, estas dulces y risueñas señoras estaban en realidad generando un muy condenable demonio.

Era una polimorfa cuasi entidad nunca señalada antes en la entera historia de la hechicería y la ciencia popular demonista, un Golem monstruoso. No, no el tan conocido esclavo sintético de la leyenda judía, sino una multiplicación unitaria de la brutal crueldad que yace profundamente sepulta en el interior de todos nosotros, aun de los mejores. Freud la llamó el "Id" o el "Ello", la fuente inconsciente de la energía instintiva que exige salvaje satisfacción animal. Solo y por separado, el Id de cada una de las señoras abejas permanecía controlado; pero sumados, consolida-

dos por este satanismo en broma, todos los Id se fusionaban.

$$8 \times Id = Golem^{100}$$

Observad el primer ritual.

* * *

—Vamos, señoras, ensayo final para convocar al Diablo. ¿Tenéis vuestros papeles? ¿Todas preparadas?

—Sí, pero ¿es esta vez la definitiva, Regina?

—No, no todavía. Para la definitiva tenemos que hacerlo todas juntas con efectos de escena. Este es sólo un ensayo final, una por una. La Invocación, querida, tú primero.

—Bueno, está bien, pero si CUALQUIERA se ¡r! ¡i! ¡e!...

—No, no, Sara. Todas somos ciudadanas de la Ciudad de los Serios. Comienza.

Sara Ardorosa declamó la Invocación.

Sara

- 7

0

—¡Maravilloso! ¿Observaron cuánto dramatismo, señoras?

—Puso todo el corazón. Todo el corazón.

—Sara sería capaz de convocar cualquier cosa del labrado de carpintería.

—Sí, os burláis de mí, pero durante la salmodia sentí un E*S*C*A*L*O*F*R*I*O.

—¿No te haría el diablo cosquillas en el pie?

—NO fue en el pie, Nellie.
 —¡Oh, qué travieso!
 —¡Vamos, señoras, por favor! Un poco de seriedad.
 —¿Acaso Satán no tiene sentido del humor, Regina?
 —Trata de no hacer bromas con él, Melindre. Ahora si-
 gamos. *Oodgedye*, es tu turno. La Oración.
Oodgedye leyó la Oración Latina.

$$\begin{array}{r} \text{Sara} \\ + \text{Oodgedye} \\ - 6 \\ \hline 0 \end{array}$$

—Un encanto. Nunca creí que el latín pudiera tener un sonido tan bello. Felicitaciones, querida.

—Gracias, Regina. Sólo quisiera que además haya tenido sentido.

—Estoy segura de que para el Diablo lo habrá tenido. ¿Quién es la siguiente? ¿Marita Confusa con el Pacto?

—No, yo no, Regina. Viene el Conjuro.

—Oh, pues claro, *Udgedye*. De vuelta al inglés antes que lleguemos al francés. ¿Preparada?

—Lista y dispuesta. Todo el mundo retroceda. Cuando conjuro me convierto prácticamente en un demonio con forma, humana.

—Espléndido, *Ud*, pero no intimes demasiado con Satán. No es exactamente alguien en quien confiar.

—Es preciso que estés mofándote de ella, Regina o, de lo contrario, no conoces los vericuetos del infierno.

—¿Y qué es lo que te lo hace pensar, Nellie *querida*?

—Cuando de brujas se trata, sé que el Diablo es una ganga. Está armado como un elefante en celo.

—Espero que puedas comprobarlo, Nellie. Muy bien, *Ud.*, conjura al ardiente elefante para que se reúna con Ne-

Ilie Gwyn la ardiente.

Udgedye dio lectura al Conjuro.

$$\begin{array}{r}
 \text{Sara} \\
 + \text{Oodgedye} \\
 + \text{Udgedye} \\
 - 5 \\
 \hline
 0
 \end{array}$$

—Sencillamente sensacional. Podrías vender entradas. Ahora el Pacto. Marita, querida, ¿has practicado el francés medieval?

—Hice lo que estuvo de mi parte, Regina, pero es un hueso duro de roer.

—Te ofrecía un cambio. Marita. Mi idioma por el tuyo. Y en paz. ¿Por qué no aceptaste?

—Vamos, Yenta. ¿Hebreo por francés? ¡Vaya trato justo! No, consulté con algunos expertos en historia.

—¡Sí! Hay una historia en la vida de todos los hombres. Shakespeare. *Enrique IV*. ¿Y qué dijeron los sabios, si tienes a bien responder?

—Fueron bastante vagos, Sara. Nadie sabe muy bien cómo se hablaba en aquella época.

—¿A cuándo se remonta el Medieval, Marita? ¿Al tiempo de Carlos II poco más o menos?

—No estoy segura, Nellie. Más bien al tiempo de Napoleón o de Juana de Arco. Siempre me los confundo.

—¿Cómo es posible?

—Ambos eran generales.

—Hmmm. Sí, tiene cierto sentido. Por lo menos para ella.

—De modo que si resulto ridícula o rara, Regina, recuerda que no es por mi culpa.

—Lo recordaremos, Marita. Comienza.

Marita Confusa leyó el Pacto.

$$\begin{array}{r}
 \text{Sara} \\
 + \text{Oodgedye} \\
 + \text{Udgedye} \\
 + \text{Manta Confusa} \\
 - 4 \\
 \hline
 0
 \end{array}$$

—¡Maravilloso! Sencillamente maravilloso. Juana de Arco no podría haberlo hecho mejor.

—O Napoleón.

—Ni siquiera el general que conduce el Ejército Glacial.

—Él es difícil de superar.

—¿Por qué?

—Porque es mujer.

—¡Señoras, señoras! Debemos guardar seriedad o nunca podremos conjurar al diablo. Sigues tú, Nellie, con el Ritual.

Nell Gwyn leyó el Ritual.

$$\begin{array}{r}
 \text{Sara} \\
 + \text{Oodgedye} \\
 + \text{Udgedye} \\
 + \text{Marita Confusa} \\
 + \text{Nell Gwyn} \\
 - 3 \\
 \hline
 0
 \end{array}$$

—¡Magnífico, querida! Hiciste retumbar esos nombres arcanos como si se tratara de los de un carnet de baile.

—Supongo que de ese modo me convierto en la Favorita del Infierno.